

# Los anillos de Saturno

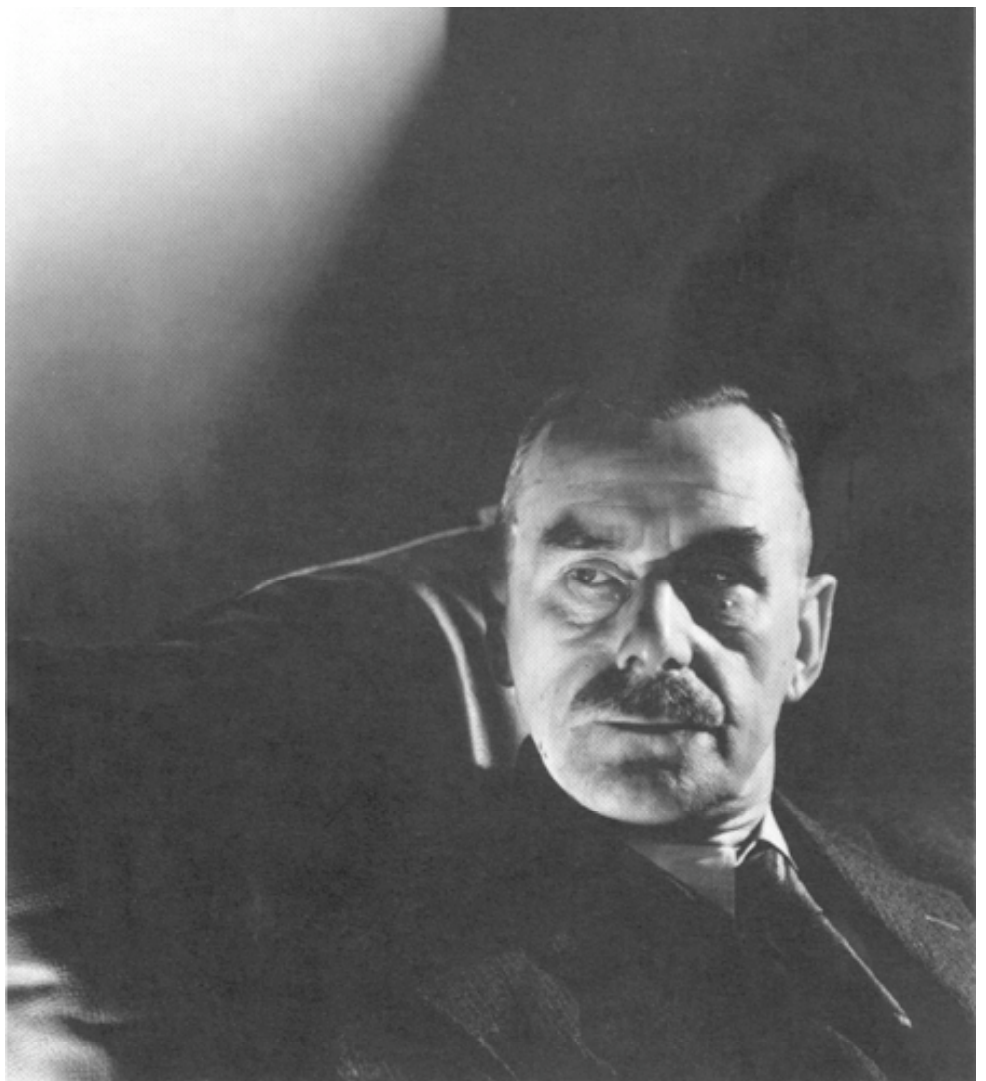
## *A cincuenta años de la muerte de Thomas Mann*

Sealtiel Alatríste

12 de agosto de 1955:  
Muere en la ciudad de Zúrich el escritor alemán  
Thomas Mann, que había obtenido el  
Premio Nobel en 1929.

Hace más de veinte años que abandonó Alemania, veintidós para ser exactos. Su país había caído bajo la influencia del nazismo y él no toleró la supresión de las libertades individuales. La gente, sin embargo, celebraba que un gobierno autoritario suprimiera cualquier instancia de decisión o convivencia so pretexto del bien de una nación imaginaria. ¿Cómo podrían vivir así?, ¿no se daban cuenta del suicidio colectivo que encerraba su júbilo? El tiempo le había dado la razón, la cultura, o mejor, la incultura de los nazis estranguló a Alemania y el país —un país al fin y al cabo—, finalizada la locura bélica, se debatía en el fango de la economía capitalista, la división territorial y el desánimo nacional. Thomas Mann creyó que con la derrota de Hitler surgía un nuevo signo de esperanza, que todavía podía confiar en el triunfo de la libertad, y decidió nacionalizarse ciudadano norteamericano. Pero la América de Roosevelt también había tocado a su fin y un viento fascistoide empezaba a envolver el ánimo de los Estados Unidos. Qué le quedaba si no volver al viejo continente, a Suiza, si era posible, ese pequeño país en cuyos Alpes había ubicado el hospital al que Hans Castorp se trasladaba buscando una Europa moribunda. Recuerda la novela, la que muchos piensan que es su mejor novela, *La montaña mágica*, que como él mismo dijo alguna vez,

se desarrolla en otro tiempo, en el pasado, antaño, en el mundo anterior a la Gran Guerra, con cuyo estallido comenzaron muchas cosas que, en el fondo, todavía no han dejado de comenzar.



¿Qué quiso decir con esas frases? Él pertenecía a ese mundo de *antaño*, ahí nacieron sus *Buddenbrook*, de ahí provenía el pobre Tonio Kröger, el fiel *alter ego* de su juventud. Quizá no del todo consciente, pero como le sucedió en muchas ocasiones, la literatura le había permitido entre ver la verdad: su mundo había muerto para que otro no cesara de comenzar. Tendría que reconocer que no se había percatado que en ese principio, en ese principio sin fin del tiempo,

el mal jugaría un papel preponderante. No era sólo la cultura o la incultura nazi, era algo más profundo, más tenebroso y enraizado, que se podía descubrir en cualquier manifestación de la falsa modernidad en que había vivido los últimos años. Algo que, como se decía en la antigüedad, vivía dominado por los anillos de Saturno. Cuando tuvo un atisbo de ello escribió su *Doktor Faustus*. Adrian Leverkühn, su protagonista, nacía al arte atrapado sin remedio por el mal.

El renacer musical que buscaba era una muerte sin fin. Eso fue lo que había vaticinado cuando redactó las intenciones que se ocultaban en *La montaña mágica*: todo lo que estaba destinado a comenzar comenzaba moribundo, el nuevo nacimiento, el siglo XX sería una prolongada muerte que no era muerte, una vida que no era vida, el barroco en todo su esplendor, como la arquitectura de Halle, la ciudad en que transcurre la vida de Leverkühn.

Ahora, después de tantos años de exilio, la vida de Thomas Mann está tocando a su fin. Hace unos pocos días se encontraba en la localidad holandesa de Noordwijk cuando, debido a un intenso dolor en la pierna izquierda, tuvo que ser trasladado en camilla a un avión y llevado de emergencia a Zürich. El final había empezado con una trombosis, pero a él le hicieron creer que era una simple flebitis. No atendió demasiado al diagnóstico, sabía que había algo más dañino dentro de él, se lo decía su cuerpo, nunca antes había sentido algo semejante. Tiene cerca de ochenta años y hace una década que lo espera. Hubiera querido morir a los setenta tal como lo recomendaba el salmo noventa: “Los días de nuestra edad son setenta años”. Estaba seguro de que iba a irse como Goethe, sentado en una butaca, pero había sobrevivido a pesar de que tenía redactado su testamento. A los setenta y siete de nueva cuenta creyó que había llegado el final, y la víspera de su cumpleaños clausuró sus *Diarios*, con la orden de que, a pesar de que esos papeles no tenían valor literario alguno, no se leyeran hasta veinte años después de su muerte. Pero la vida de nueva cuenta le escamoteaba el final: él, que había hecho de su existencia una obra de arte, no podía saber cuándo iba a morir. Dos años antes había escrito:

Wagner escribió su obra final casi a los setenta, *Parsifal*, y murió poco después. Yo escribí aproximadamente hacia la misma edad la obra de mis últimas consecuencias, *Fausto*, obra final en todos los sentidos, y sin embargo he continuado viviendo.

Nada había sucedido hasta entonces, pero a pesar de la insignificancia de la flebitis, ahora sabe que no habrá más, que sí lo que antes era un anhelo, una intuición

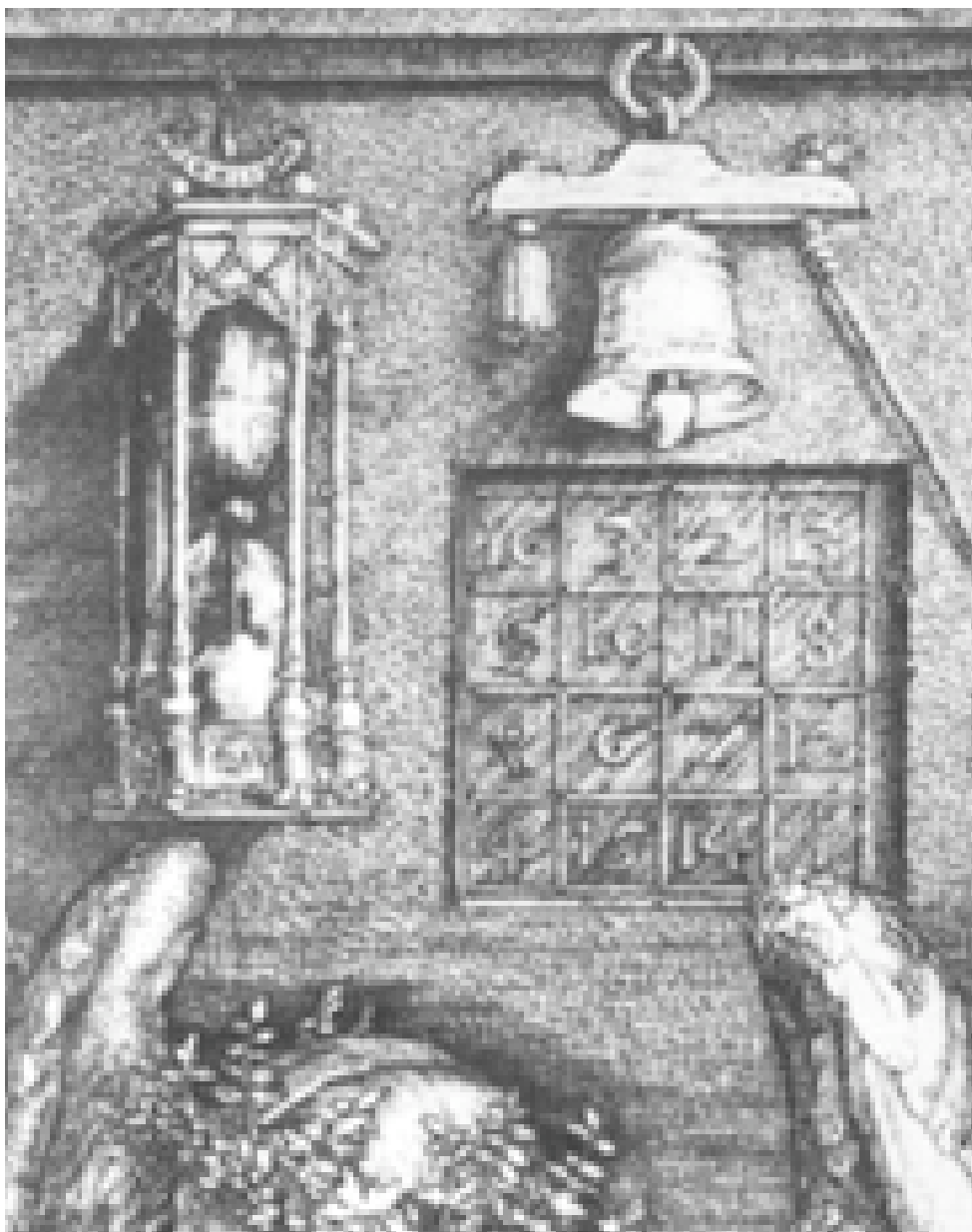
tal vez, se había convertido en una realidad íntima en los huesos, esos huesos que alguna vez Hans Castorp vio en una radiografía para intuir su muerte.

Recuerda entonces un detalle nimio de la novela con la que quiso cerrar su vida. Sobre un piano alquilado Adrian Leverkühn ha colgado un cuadrado de cuatro columnas y cuatro líneas, que tiene un número diferente en cada casilla. Era el cuadrado mágico que aparece sobre la cabeza del misterioso ángel de la *Melancolía I* de Dürero. ¿Puede todavía evocar el momento en que escribió ese fragmento? Cómo va a olvidarlo, apenas se le ocurrió la escena hizo que el narrador dijera que

la magia —o la curiosidad (de ese cuadrado)— reside en el hecho de que, súmense esas cifras como se quiera, de arriba a aba-

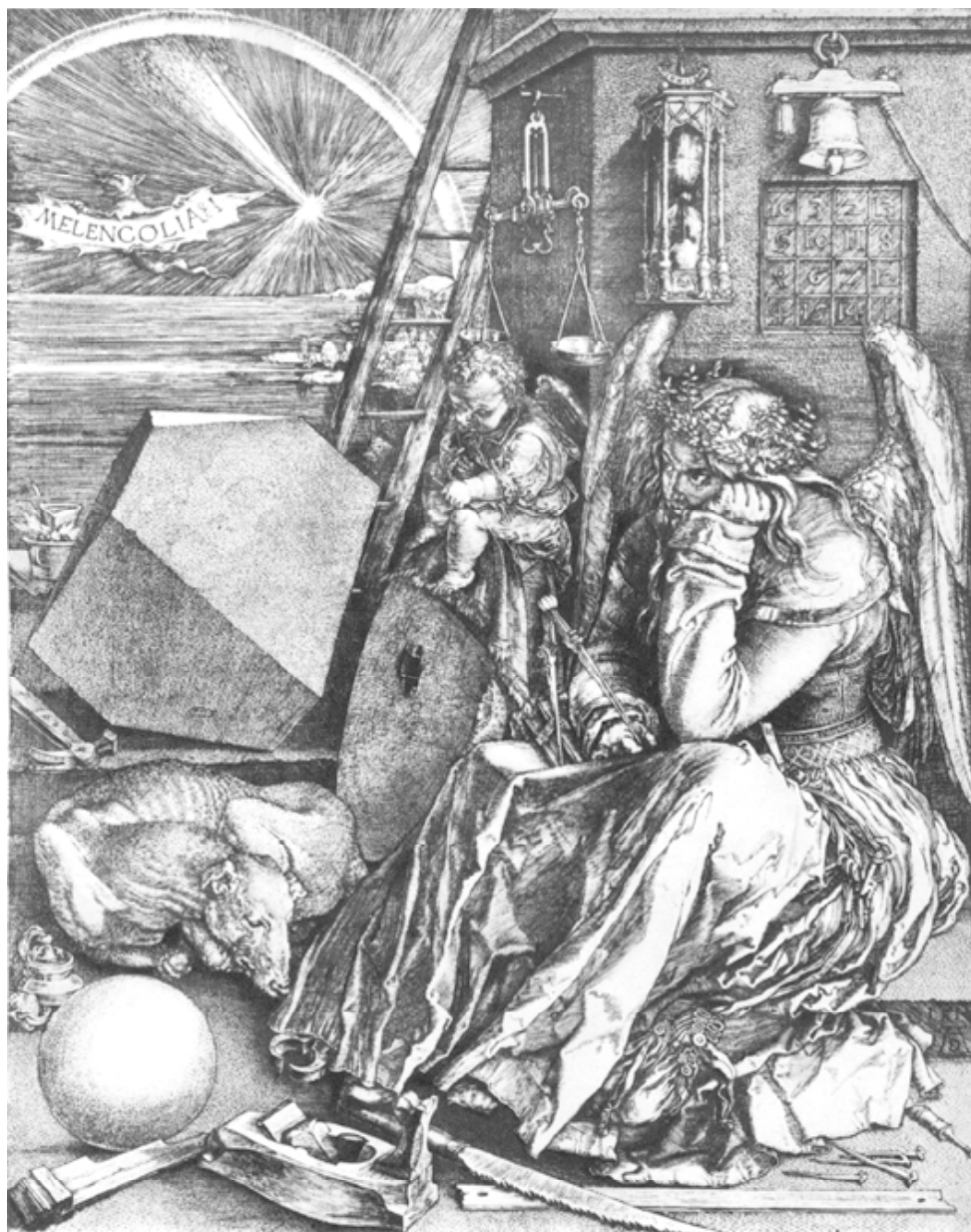
jo, de derecha a izquierda o diagonalmente, se obtiene el mismo total de treinta y cuatro.

No lo aclaró, pero esa cifra a su vez sumaba siete, el número cabalístico que él imaginaba que conectaba subterráneamente toda su vida. Sus dos grandes novelas, para no ir más lejos, pues si del número siete pendía el destino de su *Doktor Faustus*, señalaba al propio tiempo los siete días de una semana que (había declarado en sus intenciones) no serían suficientes para escribir la historia de Hans Castorp, los siete meses que tampoco le alcanzarían para terminarla, los siete años incluso que, ¡Dios mío!, tampoco serían suficientes para abarcar el mundo de *La montaña mágica*. El siete daba razón de los setenta años de nuestra edad, era el siete veces siete de sus setenta y siete años,



Albrecht Dürer, *Melancolía I* (detalle), 1514





Albrecht Dürer, *Melancholia I*, 1514

una cábala contra el eterno dominio de los anillos de Saturno.

Alguien lo habría notado, pero al igual que en el grabado de Dürer, aquel cuadrado aritmético quería convertirse en un talismán, en un objeto mágico que protegiera a su héroe del poder maléfico de la melancolía. Era una invocación de Júpiter. Aunque Thomas Mann sospechaba que todos esos antídotos eran un débil expediente

frente al destino real de la persona melancólica —como Adrian Leverkühn, como él mismo— pues ésta se entrega, abnegada e incondicional, a la voluntad del Mago Negro, que de esta manera se convierte en la principal y casi única opción para el intelectual, el sabio, el artista. “Saturno”, piensa. Saturno y la melancolía que han dominado al mundo desde que dejó Alemania hace más de veinte años. Su *Doktor Faustus* había

sido una larga lucha contra los poderes de Saturno. También el largo y minucioso relato de la vida de Hans Castorp tuvo la intención de derrotar su maligna influencia. Saturno nos condena a morir y a renacer, siempre a morir y renacer de entre las cenizas del mal, dicen los viejos cabalistas como Ficino o Ramón Llull, y el hombre está inermemente frente a su poder. El tiempo que no cesa de comenzar. Se tiene la tentación de invocar la protección de Júpiter, de trastocar la ley de los planetas, pero los anillos de Saturno acaban envolviéndonos con su *arte melancólica*. Él ha luchado contra su poder con todas sus fuerzas, a eso podrían reducirse sus intentos literarios, creó personajes que se creyeron a salvo de su influencia, Von Aschenbag entre ellos, quien quiso redimirse al contemplar la belleza del joven Tadzio en *La muerte en Venecia*. ¿Habría sido en vano? Puede ser que no, piensa con una sonrisa de esperanza (su hija Erika dijo acerca de ese gesto que “Adoptó su cara de música”). Él, como Dürer, ha dejado una nueva doctrina de los temperamentos, y en sus novelas los lectores pueden ver que los anillos de Saturno no siempre son un yugo para los hombres, y que tal vez el cuadrado mágico sobre el piano de Adrian Leverkühn, el talismán aritmético-literario, sirva para algo.

Como si jugara con su intuición, la muerte se anunció desde la mañana del 12 de agosto. Ante la incredulidad de los médicos que creían haber triunfado sobre la trombosis, Thomas Mann sufrió un repentino colapso para el cual la medicina de su tiempo carecía de explicación. Durante todo el día luchó sin cuartel, pero finalmente, a las ocho de la noche sobrevino el deceso. La protección cabalística del número siete nunca llegó. Es probable que no lo supiera, pero su número haya sido el ocho, el de sus ochenta años, el que cifra en su forma al infinito, el triunfo verdadero sobre Saturno y la melancolía. ■

...aquel cuadrado aritmético quería convertirse en un talismán, en un objeto mágico que protegiera a su héroe del poder maléfico de la melancolía.